

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

A LOS SUPERIORES Y SUPERIORAS GENERALES DE LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA
Y SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA

A los Superiores y Superioras Generales de los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica

22 de mayo de 2006

Señor Cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el Presbiterado; queridos hermanos y hermanas:

Es para mí una gran alegría encontrarme con vosotros, superiores y superioras generales, representantes y responsables de la vida consagrada. A todos dirijo mi cordial saludo. Con afecto fraterno saludo, en particular, al señor cardenal Franc Rodé, y le doy las gracias por haberse hecho intérprete de vuestros sentimientos, juntamente con otros representantes vuestros. Saludo al secretario y a los colaboradores de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, agradeciéndoles el servicio que este dicasterio presta a la Iglesia en un campo tan importante como es el de la vida consagrada.

Mi pensamiento se dirige, en este momento, con viva gratitud a todos los religiosos y religiosas, los consagrados y consagradas, y los miembros de las sociedades de vida apostólica, que difunden en la

tamente con un indudable impulso generoso, capaz de testimonio y de entrega total, la vida consagrada experimenta hoy la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista.

En el evangelio, Jesús nos advirtió que *existen dos caminos*: uno es el camino estrecho, que lleva a la vida; y otro es el camino ancho que lleva a la perdición (cf. Mt 7,13-14). La verdadera alternativa es, y será siempre, la aceptación del Dios vivo mediante el servicio obediente por fe, o el rechazo de Dios.

Así pues, una condición previa al seguimiento de Cristo es la renuncia, el desprendimiento de todo lo que no es él. El Señor quiere hombres y mujeres libres, no vinculados, capaces de abandonarlo todo para seguirlo y encontrar sólo en él su propio todo. Hacen falta opciones valientes, tanto a nivel personal como comunitario, que impriman una nueva disciplina en la vida de las personas consagradas y las lleven a redescubrir la dimensión totalizante de la *sequela Christi*.

Pertenecer al Señor significa estar inflamados por su amor incandescente, ser transformados por el esplendor de su belleza: le entregamos a él nuestra pequeñez como sacrificio de suave olor, para que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo, que tanta necesidad tiene de ser embriagado por la riqueza de su gracia.

Pertenecer al Señor: esta es la misión de los hombres y mujeres que han elegido seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo crea y sea salvado. Ser totalmente de Cristo para transformarse en una permanente confesión de fe, en una inequívoca proclamación de la verdad que hace libres ante la seducción de los falsos ídolos que han encandilado al mundo. Ser de Cristo significa mantener siempre ardiendo en el corazón una llama viva de amor, alimentada continuamente con la riqueza de la fe, no sólo cuando conlleva la alegría interior, sino también cuando va unida a las dificultades, a la aridez, al sufrimiento.

El alimento de la vida interior es la oración, íntimo coloquio del alma consagrada con su Esposo divino. Un alimento aún más rico es la participación diaria en el misterio inefable de la divina Eucaristía, en la que Cristo resucitado se hace constantemente presente en la realidad de su carne.

Para pertenecer totalmente al Señor, las personas consagradas abrazan un estilo de vida casto. La